

Los Vírgenes del cantar nuevo

Francisco Marín, S. I.

LA obediencia del católico a sus superiores jerárquicos no puede concebirse como una actitud meramente receptiva y amorfa. Es, desde luego, sometimiento sin ficción; pero con un gran margen de responsabilidad e iniciativa. Y esta obediencia así entendida, que tiene inmediata aplicación en el apostolado, no la tiene menos en el estado de ánimo con que debemos abordar la lectura de la Biblia. Evidente que un católico no puede hacer suyo el criterio protestante del "libre examen" (interpretación personal de la Biblia); pero tan perjudicial como esto o más es leerla de una manera gris, sin el negro sobre blanco de una inquietud por dar con



el sentido exacto del mensaje de Dios contenido en los libros Santos. Hay pasajes en éstos, que son propensos al espejismo ; quiero decir, cuyo sentido es distinto o, por lo menos, mucho más hondo que el que reflejan las palabras. Y conviene tenerlo en cuenta, para no pagar tributo de superficialidad en momentos de auténtico relieve.

Sírvanos de ejemplo el siguiente texto del Apocalipsis :

Apoc 14, 1-5

- 1 Tuve una visión, en la que se me representó el Cordero de pie sobre el monte Sión. Le acompañaban 144.000, señaladas sus frentes con el nombre de él y con el de su
- 2 Padre. Y oí un sonido procedente del cielo, como fragor de muchas aguas y como estampido de un imponente trueno. Parecíase también el sonido que oí a citaristas que es-
- 3 tuvieran tocando sus cítaras. Y entonaban como un cantar nuevo delante del trono y delante de los cuatro vivientes y de los ancianos. Nadie, sin embargo, era capaz de aprender el cantar, fuera de los 144.000, que
- 4 son los rescatados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes; ellos acompañan al Cordero dondequiera que va; ellos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero.
- 5 Jamás salió la mentira de sus labios, porque son íntegros.

Para un paladar poco exigente son éstas unas frases tan sugerentes en sí mismas, que no se necesita ahondar mucho para reconocer en ellas un canto de exaltación a la virginidad. Sin embargo, cabe el encauzar la exegesis por caminos diversos, como de hecho prefieren hoy la mayoría de los comentaristas bíblicos.

Esclareciendo datos

La primera pregunta inevitable va derecha al tema del texto; porque, como veremos enseguida, nos interesa muchísimo precisar los límites de la visión. Pero es que, además, ésta es la única pregunta definitiva, a cuya solución vamos a llegar a través de varias preguntas parciales.

¿Se trata, pues, en el texto que nos ocupa, de una revelación-fragmento, de un detalle más o menos atildado dentro del conjunto, pero sin especial relieve dentro de la orografía apocalíptica? ¿Algo así como las diferentes escenas, independientes entre sí, en la ornamentación de las bóvedas de muchos templos? En tal caso tendríamos una visión parcial, no una vista panorámica. Pero es justamente por la panorámica por la que se inclinan hoy los comentaristas. Veamos.

Los 144.000

Esta cifra, tan recortada y exacta, pertenece, con todo, al bloque compacto de números simbólicos que se ensartan a lo largo de toda la Biblia. Hay que explicarlo por los 144.000 del cap. VII, los cuales, como nos dice el mismo autor del Apocalipsis, son una multitud incontable engrosada por toda clase de pueblos y de razas (Apoc 7⁹): son los que lavaron y blanquearon sus vestidos con la sangre del Cordero, viniendo de la gran tribulación (Apoc 7¹⁴). Pero ese *lavar los vestidos con la sangre del Cordero*, según se desprende de otros textos (1), no quiere decir sino haber entrado en el área de la Redención, lo cual es común a todos los bautizados. He aquí un primer dato que no

(1) Apoc. 1⁵ dice: «nos libró (Jesucristo) de nuestros pecados con su sangre».

Apoc 22¹⁴ tiene especial interés, pues, donde la mayoría de los códices ponen: «(bienaventurados) los que lavan sus vestidos», otros escriben: «los que cumplen los mandamientos de El».

hay que olvidar. La visión del cap. VII que, de acuerdo con la reconocida técnica ondulatoria de San Juan, comienza en un plano auditivo para culminar en un plano visivo (2), nos advierte que esa multitud incontable pertenece a las doce tribus de Israel. Al instante surge la dificultad; porque, estando constituida por individuos de todas las razas y de todas las lenguas, ¿en qué se queda la unidad del Pueblo escogido? Parece haber, pues, yuxtaposición de una muchedumbre heterogénea junto a Israel; y por tanto, que no presenta S. Juan una única visión, sino dos. La solución detenida y exhaustiva de esta dificultad nos llevaría demasiado lejos; pero no es difícil mostrar que se trata de la Iglesia, Israel de Dios (Gal 6¹⁶), en su justo marco de universalidad tan vasto como el mundo, cada vez más nítido en el reino mesiánico anunciado por los profetas. Por lo demás, esta idea del Israel espiritual y universalista era sumamente familiar a los primeros cristianos, que se consideraban como la continuación viviente de la *Iglesia de Yahwéh* ("Qehál Yahwéh") y que, por idéntica razón, empezaron a llamarse "los santos"; es decir, los *consagrados*, o pertenecientes al Pueblo de Dios, que era como se denominaban los israelitas.

Por lo dicho podemos ya identificar a la tal muchedumbre con el Israel de Dios, la Iglesia de los bautizados en Cristo, marcados con esa señal resplandeciente de que nos hablan con frecuencia los documentos paleocristianos (3).

(2) San Juan describe con esta técnica suya de los dos planos una única visión. Véase sobre el particular: J. M.³ BOVER S. I., «144.000 signati», *Estudios Eclesiásticos* 11 (1932) 540.

(3) Este concepto del carácter sacramental como marca indeleble (hecha a fuego), nos viene por el cauce de los Padres y de la Tradición. Como ejemplo, cfr. F. MARIN S. I., *Eucaristía, siglo II*, *Proyección* 24 (1960) 19.

El cantar y los Vírgenes

Hay un sonido semejante a la vez a cosas tan dispares como son una cascada, un trueno, una melodía de cítaras, un cantar. Porque lo que percibe el vidente no es tampoco un cantar, sino "como un cantar", que viene del cielo y sólo encuentra eco en los 144.000: porque son vírgenes... ¿Cuál puede ser el sentido recóndito de todo esto?

En los escritos de S. Juan de la Cruz hay unas líneas fugaces que, aunque no son a propósito de este pasaje, guardan con él estrecha relación, iluminándolo no poco:

"En este estado de vida tan perfecta, siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta y trae con gran frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar nuevo, siempre nuevo, envuelto en alegría y amor, en conocimiento de su feliz estado" (4).

Es notable la coincidencia del místico castellano al emplear, lo mismo que el autor del Apocalipsis, partículas comparativas cuando se trata de narrar lo inenarrable: "como de fiesta... como un cantar nuevo...". Y todo ello en torno a un núcleo sustantivo, el de la felicidad incomparable del *hombre nuevo*, una vez que ha dado el salto de muerte a vida. Recuérdese a este propósito que la unión íntima de Yahwéh con su pueblo se expresó en el Antiguo Testamento en una lírica sublime, mediante el cantar por excelencia, el "Cantar de los cantares".

Esta misma dirección sigue la realidad que subyace a los *vírgenes* de nuestro texto apocalíptico. Indudablemente el lenguaje que aquí emplea S. Juan es el de los profetas, Oseas en particular. Y se propone ofrecernos el espectáculo, no de los virginalmente castos (son

(4) S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, 2, 36; BAC (1950) 1218.

sólo una porción dentro de la Iglesia), sino el de los vírgenes en el sentido trascendente del A. T.: los que se han entregado a Dios con la integridad de una fe incontaminada, con un SI audaz, de espaldas a cuanto es pecado, porque todo pecado de Israel, la desposada de Yahwéh, es una mancha contra la fidelidad conyugal: fornicación y adulterio, en el viejo vocabulario bíblico.

La visión

Tenemos datos suficientes para reconstruir la escena. Asistimos al desfile grandioso de los totalmente vírgenes, de los consagrados en el Israel espiritual al Dios verdadero por el misterio sorprendente del hombre nuevo —de fe intacta—, cuyos rasgos reproducen la fisonomía adorable del Hombre siempre nuevo, Jesucristo. He aquí la visión exacta de la Iglesia (la Iglesia una; no existe aún la distinción entre militante y triunfante), como puñado de escogidos en vuelta a Dios por Jesucristo. Sobre ellos se despliega la vida de Dios en un verdadero alarde de energía, que es cascada y trueno; que es alegría infinita y subterránea de melodías siempre antiguas y siempre nuevas: la experiencia transformante del Dios vivo.

Esta vida en Dios es la que nos ríe en un cantar nuevo, siempre nuevo, y sólo pueden comprenderla y cantarla los que llevan impresos en la frente los

nombres del Padre y del Cordero, iluminados por una fe intacta, virgen.

Cuarta dimensión

Este sentido nuevo de la virginidad: totalizante, trascendente; todo él anti-pecado en el ámbito del hombre nuevo, nos abre la perspectiva más cabal de la verdadera Iglesia de Jesús.

Si se nos permite, podemos coronar este esbozo exegético concentrando la atención en la virginidad de María, la Madre de Jesús. La panorámica que acabamos de ver del Israel de Dios, no podía menos de encontrar su encarnación más perfecta en María, la cual, como afirman hoy los teólogos, es el prototipo, la realización más exacta de la idea eterna de Dios sobre su Iglesia. Y esa virginidad total de María unida estrechamente a su Hijo, es como el preuncio de la unión esponsalicia de Cristo con su Iglesia:

"Su pura entrega a Dios, fue asumida por la entrega de Jesús al Padre, modelo de toda virginitas; de tal manera que, ambas entregas juntas, delante de Dios, son como la única gran entrega de su Hijo muy amado y de su cuerpo, la Iglesia, ya que, la entrega de la Iglesia al Señor fue representada, en la vida terrena de Jesús, por la entrega personal de su Madre a El" (5).

(5) WILHELM BERTRAMS S. I., *El celibato del sacerdote*, Bilbao (1960) 15.

